EL UNIVERSAL
12 ENE 1993

Candideces

Vicente Gerbasi y su actitud ante la crítica

Luis Beltrán Guerrero

Vicente Gerbasi ha muerto el día de los Inocentes. Escribí, hace medio siglo, esta página sobre el gran poeta.

POR la clara y fervorosa vocación literaria de sus miembros, por la constante preocupación en la realización de una obra, el grupo literario al cual pertenece Vicente Gerbasi –Viernes– impone aprecio y respeto al observador honrado de las evoluciones estéticas y nunca, aun se esté en manifiesto desacuerdo con sus postulados, ha de suscitar el menosprecio o la ironía, como desgraciadamente ha acontecido. Quienes así reaccionan ante las nuevas tendencias poéticas, no son otros que los incomprensivos de siempre, más por achabacanamiento y aplebeyamiento moral, que por inferioridad intelectiva o sensorial. Que ésta también existe, en cuanto el fenómeno artístico, aun en personas que tengan otras manifiestas dotes mentales pero que han descuidado el cultivo y perfeccionamiento de su sensibilidad, al unísono con los nuevos tiempos. Diose el caso, al ser publicado el poema Los burritos, de Lugones, ciertamente magistral, sobre todo por las inmensas repercusiones formales que en América produjo, diose el caso, en casi todo Venezuela, de que los tenidos como doctos –la firma Calcaño y Cía., de entonces– se burlasen a todas veras de los asnos del poema y como tal confundiesen a su propio autor. Menos mal que hubo un Jesús Semprún, quien por entonces se comenzaba a armar de caballero en las andanzas críticas y quien desde las columnas de El constitucional, calificó a Los burritos, con el consiguiente escándalo, como uno de los poemas de excepción en la lengua castellana. Así se alarmarían también muchos si yo afirmase, como sinceramente lo creo, que el poema Voz y mensaje con estática de la guerra, de José Ramón Heredia, es uno de los poemas que en esta época enaltecen el idioma, por demás preclaro, en que está escrito.

Vicente Gerbasi, quien, desde el título de su primer poemario, Vigilia del náufrago, manifestó su poética ubicación subrealista, orientación no desmentida ni aun cuando después, guiado por la sombra ilustre del florentino, penetra en la vegetal ciudad doliente –Bosque doliente–, aunque ya en el bosque se depuran las impresiones subconscientes, se aclara y afina la expresión y un hálito de romanticismo vago y candoroso puebla los aires (1).

Ahora el poeta se acerca, con silencioso recogimiento, libre la sandalia en respetuoso signo, como que sabe el misterio sagrado del santuario, a la obra de otros tres poetas: los venezolanos Luis Fernando Alvarez y Otto D'Sola, y el chileno Humberto Díaz Casanueva. Tres estudios sobre la obra de estos poetas constituyen el libro Creación y símbolo (2).

¿Cuál es la actitud crítica del poeta Gerbasi? Definenla estas expresiones: "Las páginas que siguen no contienen en verdad una crítica, porque nunca he pretendido constituirme en juez de la poesía, tan profunda, sagrada y misteriosa. Soy más bien su hijo y la obedezco secretamente. He querido publicarlas porque en ellas expreso algo de la reacción sensible que he experimentado ante tres poetas y porque encierran algo de mi credo poético. La crítica sobre poesía muy difícilmente logra su propósito. Casi siempre se queda en la periferia, sin sumergirse heroicamente en su oculta maravilla que tan dramáticamente acoge el verdadero poeta". Hermosas palabras en labios del poeta intérprete de otras poetas.

Pero, ¿asimila Gerbasi el papel del crítico al del juez? "El tribunal de la crítica" fue una fase de clisé, muy significativa de la misma modalidad, mas, felizmente, extinguió su valencia conceptual hace larguísimo tiempo. Ya Menéndez y Pelayo anota "instinto de creación" en la crítica de Longino y Quintiliano, desde luego vieja crítica perceptiva en su casi totalidad, y se cuenta un siglo de que apareció la llamada "crítica filosófica", verdadera disciplina creadora, de la que es exponente el propio Gerbasi, que no consiste en otra cosa sino en el análisis de la obra –análisis no es sólo una operación del juicio, sino también de la sensibilidad y de la imaginación– para descubrir el espíritu del autor, y a la inversa, en la utilización del conocimiento del autor para interpretación de la obra. Análisis y síntesis más psicológicos que formales, lo que no quiere tampoco decir que se excluyan totalmente las experiencias derivadas hasta de la más torpe forma de la crítica: la preceptiva o simplemente gramatical, porque todas las fases evolutivas de un género literario dejan siempre sedimentos aprovechables y constituyen, en definitiva, –compactados, pulidos, clarificados– la disciplina misma. Esto es, trasladándonos ligeramente al terreno de la poética, que una norma general y objetiva de la poesía la constituiría la suma de todas las experiencias, de todos los ejercicios hasta hoy: clasicismo, romanticismo, simbolismo, y tantos otros ismos.

La crítica sobre poesía es la más difícil de las disciplinas criteriológicas. Porque el material a que se aplica es el más etéreo e incognoscible de los elementos: lógico unas veces, alógico y suprralógico otras, las significaciones del vocabulario poético son ilímites; por otra parte, la poesía no tiene una interpretación, ni siquiera la que pudiera darle el mismo autor, sino tantas interpretaciones como lectores o sentidores comprensivos haya; y a veces carece de interpretación conceptual y se reduce a onda psíquica, a "reacción sensible" que dice Gerbasi.

Cierto que la poesía es misterio. "Agua en la noche –serpiente indecisa– besos te doy pero no claridades", dice Pedro Salinas en versos definidores de su estética. De ahí el ruego de Claudel al poeta, de que no explique su obra. No necesita explicarla; pero quien sepa explicársela y explicarla, es el verdadero poeta dueño de su destino, consciente de su instrumento; dios creador, ordenador y rector de mundo poético. El otro poeta, si ciertamente no desmerece como tal por el solo hecho de no saber explicar –una explicación más, desde luego, no la más valedera ni la única– su propia obra, tiene en sus manos un mundo de milagro, del que goza y del que hace disfrutar a los demás, pero ese milagro le deslumbra y admira, y nada más sujeto como es de involuntario parto prodigioso. Como la fusión de los colores en el iris es un milagro inexplicable para el campesino, y no lo es para el físico.

"Algo de mi credo poético". No se trata, pues, de un artista inconsciente, aun cuando se le llame subrealista. Tener un credo es saberse señor de su lírico universo. Continúe el poeta en su noble función de poeta y crítico, sin ningún menosprecio por la crítica, entendida ésta como disciplina absoluta. Toda disciplina cabalmente realizada es también poesía, porque la poesía es sabiduría, y no simple ciencia y arte. Numen, dicho se está, es núumeno filosófico y número matemático, así por su raíz etimológica como por su definitiva identificación de significados. La verdadera crítica, la crítica creadora es también poesía, y de la más alta, poesía del intelecto puro. Y no ha de olvidarse que la lucha demoniaca y desesperada del hombre sobre la naturaleza no consiste en otra cosa que en la imposición de su inteligencia, de su facultad cognoscitiva: la única diferencia entre él y el animal, y signo exclusivo y mágico de su terrenal poderío: clave de por qué llaman al hombre "rey de la creación".
(De Palos de ciego, Impresores Unidos, Caracas).

---

(1) En su último libro de poesía, **Liras**, 1943, Gerbasi inicia un nuevo periplo: retorno a los metros clásicos, mayor diafanidad y pureza del sentimiento, sentido de la arquitectura de la obra. Desde su escondida senda, Fray Luis de León verá con complacencia a quien sigue sus divinas huellas.

(2) Los tres poetas que han merecido el estudio de Gerbasi son tenidos como poetas de lo in o subconsciente, por dar en su obra capital importancia a los fenómenos oníricos. Como se sabe, ya Schiller, en su correspondencia con Korner, habla de las asociaciones espontáneas como de un elemento importantísimo, pero no exclusivo, de la producción literaria. Al influjo de Sigmund Freud, el arte, entendido como expresión absoluta de lo subconsciente, cobró exagerada preeminencia, particularmente en la primeriza exaltación lírica de mentes ciertamente pletóricas de imaginación pero ayunas de disciplina. Los mayores aciertos de esta tendencia se deben, en la prosa, a un Joyce, a un Proust. En el mismo creador de la teoría del psicoanálisis, bastante desacreditada hoy entre los hombres de ciencia, influyó un ensayo de Ludwig Borne, publicado en 1823 y titulado El arte de llegar a ser un escritor original en tres días, según propia confesión de Freud, Borne, dice: "Voy a exponer ahora el método prometido. Tomad unos cuantos pliegos de papel y escribid durante tres días, sin falsedad ni hipocresías, todo lo que se os ocurra. Escribid lo que pensáis de vosotros mismos, de vuestras mujeres, de la guerra contra los turcos, de Goethe, del proceso criminal de Fond, del Juicio Final, de vuestros superiores, y al cabo de los tres días, quedaréis maravillados ante la serie de ideas originales e inauditas que han acudido a vuestro pensamiento. Tal es el arte de llegar a ser en tres días un escritor original".

Havelock Ellis, citado por el mismo Freud, refiere que en el año de 1857 el doctor J.J. Garth Wilkinson, "más conocido como poeta y místico que como médico", publicó un tomo de poesías místicas que pretendía haber compuesto conforme a un nuevo método, al que daba el nombre de "impresión". "Se elige un tema", dice Wilkinson, "e inmediatamente después de escribir el título, podemos ya considerar la primera ocurrencia que acuda a nuestro pensamiento, como el paso inicial en el desarrollo del tema, aunque la palabra o la frase de que se trate nos parezca extraña o ajena a él". "El primer movimiento de nuestro espíritu, la primera palabra que a nosotros acude, es ya el resultado de la tendencia a adentrarnos en el tema propuesto". "Siguiendo consecuentemente este procedimiento, añade Garth Wilkinson, acabamos siempre por penetrar hasta el corazón mismo de las cosas, como guiados por un instinto infalible". (Véase el capítulo Pára la prehistoria de la técnica psicoanalítica, del libro El porvenir de las religiones, de Sigmund Freud).

Y libreme Dios de que se me considere como logicista en poesía. Creo en las asociaciones verbales como fuente de expresión artística; y cómo no había de creerlo ¡si eran las palabras, las simples palabras, las que suscitaban las ideas de un Pablo de Tarso; y eran las antítesis, las alteraciones, la dialéctica, el juego verbal, la retórica, lo que daba pábulo al discurso de Agustín de Hipona! Y aún más si recordamos la teoría de la "rima generadora" de Carducci, porque es bien cierto que "la necesidad de colocar un consonante le obliga a un poeta, a un gran poeta, a seguir una nueva asociación de ideas". No siempre, por fuerza de la consonancia, fueron blancas las hormigas. (Véase Soliloquios y conversaciones, de Miguel de Unamuno).